



Stefano Mancuso

La tribu de los árboles

Traducción del italiano de David Paradela López



STEFANO MANCUSO

La tribu de los árboles

Traducción de
David Paradela López

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *La tribù degli alberì*
Traducción del italiano: David Paradela López

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2023

© Stefano Mancuso, 2022
Publicado según acuerdo con S&P Literary – Agenzia letteraria Sosia & Pistoia
© de la traducción: David Paradela López, 2023
© del mapa: Andrea Alemanno
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 23 19-2023
ISBN: 978-84-19392-51-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Una vida larga

Una vida larga no siempre es una bendición. En mi caso, no sabría decir si lo ha sido o no; ciertamente, hace mucho tiempo que mis seres queridos, mis amigos y muchos de los camaradas con los que he compartido gran parte de este viaje se marcharon, dejándome más solo de lo que nunca había estado. Y no es fácil.

La soledad ya no me gustaba cuando era joven y mis fuerzas eran tales que nada de cuanto hubiera sobre la tierra o bajo esta era capaz de asustarme, y mucho menos me gusta hoy, cuando basta una desapacible ráfaga de ese viento frío que baja de las montañas para que me eche a temblar. En cambio algunos de mis camaradas siempre han amado la soledad, e incluso la han buscado yéndose a vivir a lugares lejanos e inaccesibles. Y ahora que los únicos amigos que aquí me quedan son Pino, Bellaflor, Lisetta y pocos más, aprecio aún más su compañía.

Hubo un tiempo en que nada de cuanto ocurría en Edrevia nos era desconocido. Tanto si se trataba de un peligro inminente como de un chismorreo entre vecinos, era imposible que no nos enterásemos. Lo sabíamos todo de nuestra tribu y la tribu lo sabía todo de nosotros. Quienes nos observaban desde fuera no entendían cómo podíamos tolerarlo, cómo podíamos vivir expuestos al juicio constante de los demás. Evidentemente, no sabían lo que significaba formar parte de una tribu: nosotros no sentíamos vergüenza porque no la conocíamos. Nadie, ni joven ni anciano, habría actua-

do nunca en contra de sus camaradas. Éramos una entidad única, como elementos que integran un mismo cuerpo, y ningún cuerpo se avergüenza de lo que hacen sus miembros.

Imaginad qué significa compartir el dolor y el placer, el hambre y la abundancia, el temor y la tranquilidad. Y ahora imaginad que ese estado extraordinario se prolonga durante toda vuestra existencia. ¿Entendéis por qué mis camaradas eran mi fuerza? ¿Y por qué ahora que quedamos tan pocos representan mi única y verdadera alegría?

Nací hace muchos años –tantos que hasta mis amigos creen que son demasiados–, y cada episodio de mi vida, incluso el más insignificante, ha dejado su huella en mi cuerpo. En mí, como en el resto de mis camaradas, las estaciones dejan marcas indelebles: años de abundancia y años de penurias, amistades, amores, enfermedades, luchas, momentos de alegría y épocas difíciles. Todo queda escrito en nosotros, y es fácil leerlo.

Por eso, ahora que siento el peso de la zozobra y los achaques, ahora que veo cómo las estaciones se suceden a la misma velocidad con la que de niño transcurrían las horas, he decidido no seguir tentando a la suerte y dejar constancia, de una vez por todas, de las aventuras de la comunidad antes de que el tiempo, inexorable, las borre.

Durante muchos años, cuando era más fuerte y más joven, me creí inmortal y miré a quienes pasaban fugazmente por mi lado con verdadera compasión. Ahora soy el último testigo de muchos que ya no están. Aunque, al fin y al cabo, ¿qué más dan muchos años o unos pocos? Nada es para siempre, y eso es lo único que importa... Pero estoy divagando: cual globo que se lleva el viento, me dejo llevar por las invisibles vetas de la memoria, cuando lo que debería hacer es relatar una crónica precisa. Es lo que me he prometido, y procuraré cumplirlo.

Así que, como decía, nació un mayo de hace muchos años, en un momento muy feliz para la comunidad. El alimento abundaba, el clima era benigno y los camaradas prosperaban sin molestias ni preocupaciones de ningún tipo. Los pequeños jugaban entre los arbustos, y los adultos, felices por la bonanza de la estación, recorrían la ladera charlando en busca de agua y de recursos. Hasta los ancianos participaban de la serenidad de aquel mes de mayo haciendo lo que saben hacer mejor: recabar información de todos los rincones de nuestra vasta comunidad para compartirla con los camaradas a quienes pudiera interesar. Esta es, con mucho, la tarea más delicada de cuantas incumben a los clanes; requiere una larga experiencia, una memoria de hierro, los contactos adecuados y una gran capacidad de discernimiento. De ella se ocupan, desde siempre, los más ancianos, coordinados por el primus, que es el único capaz, en caso necesario, de comunicarse simultáneamente con todos y cada uno de los integrantes de la comunidad, sin excepción.

Cuando yo nació, el primus de Edrevia era Ewan, al que llamaban el sabio padre. Si os parece que el apelativo de «sabio padre» resulta un tanto rimbombante, os diré además que él mismo lo había elegido –esa es una de las prerrogativas de los *primeros*–, y no sin escándalo. Durante milenios, los *primeros* fueron conocidos, de manera sobria y digna, por el simple apelativo de «primus». (No como parte de una dinastía, como suele suceder en las casas reales: «primus» quería decir tan solo *primus inter pares*, es decir, el primero entre iguales. Quienes ostentaban ese título no tenían ningún poder especial sobre los demás miembros de la tribu, sino que se limitaban a coordinarla cuando era de veras necesario.) Hasta que, mucho antes de que yo naciera, se convirtió en primus un tal Datura, el cual, tras unos años

en que obró con gran sabiduría, se vio aquejado por una enfermedad desconocida –o así al menos se decía– que lo privó totalmente de razón.

A partir de entonces, su conducta se tornó tan estrafalaria que se hizo necesario encontrar a alguien que compartiera sus responsabilidades. Una especie de primus en funciones. Jamás había ocurrido nada semejante, y a alguien se le ocurrió que merecía la pena conmemorar el acontecimiento añadiendo al nombre de Datura el título de «Único». El único primus loco de nuestra historia: como una especie de admonición para que aquello no volviera a repetirse, para entendernos.

Pero cuando, muchos años y muchos *primeros* más tarde, Ewan se convirtió en primus, se apeló a esa excepción para argumentar que, en virtud de lo ocurrido con Datura, el primus podía tomar el nombre que le viniera en gana. No hubo ninguna polémica –entre nosotros, las tradiciones no cuentan demasiado–: el primus siempre se había llamado «primus» por comodidad, no por costumbre, de modo que si a Ewan le apetecía llamarse de otra forma, ¿por qué impedirselo? Bien es cierto que nadie se esperaba que eligiera el nombre de sabio padre, prueba de su escaso sentido del humor. Pero el daño ya estaba hecho. Nadie entendía a cuento de qué había elegido tal nombre. Algunos decían que lo había escogido por su similitud con «santo padre», aunque otros muchos tenían sus dudas: Ewan, sin duda, siempre se había tomado su papel muy en serio, pero no tanto como para compararse con un papa.

La tribu sometió la cuestión a un largo debate y al final se decidió que Ewan había elegido el apelativo de «sabio» probablemente por su edad, y el de «padre» porque presumía de tener miles de hijos repartidos por el mundo. Pero vaya uno a saber.

Comoquiera que sea, fue el sabio padre quien me acogió en la comunidad y me puso el nombre por el cual se me conoce.

A propósito, no me he presentado: soy Laurin el Pequeño. Laurin es un importante nombre de familia; en nuestra historia ha habido muchos que han protagonizado grandes hazañas y a los que todavía se recuerda con deferencia. Cuando Ewan, tras observarme con detenimiento, me lo asignó, muchos vieron en ello una señal del destino. No obstante, para muchos camaradas siempre he sido el Pequeño, en parte para distinguirme de Laurin el Viejo, uno de los miembros más respetados de la comunidad, y en parte por ese ingenuo y discutible sentido del humor por el que nos referimos a los demás destacando en ellos cualidades contrarias a las que poseen en realidad. Dicho de otro modo, mi nombre es una antífrasis (para que veáis que en la tribu también tenemos un sólido conocimiento de los estudios clásicos): yo era un auténtico gigante, y por eso a los demás les hacía gracia llamarme el Pequeño. Solo eso.

Cuando tenía tres meses ya era más alto que mis camaradas de tres años. Crecía literalmente a ojos vistas: cada día era más alto y más voluminoso. Nunca se había visto algo así, ni en mi familia, ni en toda la comunidad. Mi crecimiento fue tan accidentado que, al principio, muchos camaradas se asustaron e incluso dudaron de que fuera uno de ellos. Todo el mundo sabía que los Laura –mi familia– eran menudos, así que podríamos decir que conmigo se rompió el molde.

Eso, desde luego, tampoco tenía nada de excepcional. Entre nosotros había de todo, grandes y pequeños, jóvenes y viejos, sanos y enfermos: como decía antes, una tribu es como un mundo. El problema residía en que, aparte de alto, era tan corpulento que algunos de mis camaradas se sentían intimidados al ver mis dimensiones. Pensaban –y yo en su lugar habría pensado lo mismo– que, con lo grande y grueso que era, a la más mínima distracción podía provocar al-

gún desastre. De modo, pues, que al principio mi llegada suscitó ciertas reservas, en lugar de las muestras de júbilo que de ordinario acompañan a este tipo de sucesos. Pero el recelo entre camaradas nunca dura mucho y la curiosidad por el recién llegado siempre supera con creces la sospecha, por lo que al poco tiempo entré a formar parte de la intensa red de relaciones de la comunidad.

Todos me aceptaban y me mimaban; hoy podría decir que fueron años de perfecta felicidad, si no fuera por una minucia, un pequeño escollo en el sereno mar de mi infancia que vino a perturbar un estado de cosas por lo demás paradisíaco. El escollo tenía nombre: el viejo Gin, un ser decrepito, larguirucho y reseco, siempre de un malsano color amarillento, tanto en verano como en invierno. Su temperamento solo era equiparable a su apariencia, y durante años no quiso ni oír hablar de acogerme en el seno de la tribu.

Desde la primera vez que me vio, cuando yo era casi un recién nacido, y durante las décadas siguientes, cada vez que tenía que comunicarse conmigo me trataba con una frialdad, una desconfianza y una displicencia que todos encontraban ofensivas.

Al principio, la convivencia no fue fácil. En una comunidad como Edrevia, esa clase de comportamientos eran algo inaudito y mal visto. El mismísimo sabio padre medió en más de una ocasión para que Gin refrenase su hosco carácter. Otros camaradas intercedieron también, cada cual dentro de sus posibilidades, con el fin de persuadirlo de que mi tamaño no representaba ningún peligro. Por desgracia, fue en vano.

En toda colectividad siempre hay alguien que desentona, y en nuestra comunidad ese alguien era el viejo Gin, terco y avaro como pocos, y absolutamente incapaz de sentir ver-

dadera empatía por sus camaradas. Hay que decir que las jóvenes generaciones tampoco poníamos mucho de nuestra parte para mejorar la situación. Al contrario, un personaje así, como os podréis imaginar, era una fuente de diversión irresistible. Durante años le hicimos la vida imposible. Sobre todo en verano, cuando el sol pegaba fuerte y la brisa marina nos secaba como la mojava, Gin era nuestro lugar favorito para refrescarnos. Cuando estábamos agotados y sudorosos, nos refugiábamos bajo su sombra.

–Gin, ¿tienes un poco de agua, por favor?

–Yo necesitaría también algo nutritivo.

–Gin, cuéntanos cómo es el mundo fuera de Edrevia.

Nos divertíamos incordiándolo con exigencias a las que no podía negarse. Como miembro de la comunidad, estaba obligado a aceptar todas nuestras peticiones, siempre y cuando fueran razonables. Y la comida y la bebida lo eran. Pobre Gin, cómo sufría. Hacía lo que buenamente podía y deberíamos haberlo apreciado, pero era tan evidente que le costaba horrores satisfacer nuestros deseos que a nosotros, acostumbrados como estábamos a compartirlo todo sin que hiciera falta pedirnoslo, sus esfuerzos se nos antojaban desmañados y torpes.

Algunos decían incluso que, después de tantas décadas, todavía no estaba totalmente conectado con la comunidad. Pero yo sabía que solo eran rumores: ya lo creo que estaba bien conectado. Solo que le quedaba un resabio de su vida anterior que no le permitía bajar del todo la guardia. A diferencia de nosotros, él no había nacido en Edrevia, sino que se había incorporado a la comunidad siendo ya adulto. No era un caso aislado, había muchos camaradas que no habían nacido dentro de la tribu.

Lo cierto es que a nosotros nos traía sin cuidado el origen de cada uno. El único requisito para formar parte de la comunidad era desearlo. Nada más. Desde tiempos inmemoriales, esa ha sido siempre nuestra fuerza: si alguien que-

ría unirse a nosotros, lo recibíamos con los brazos abiertos; cuantos más, mejor. Sin exigencias y sin limitaciones. Quien se unía a nosotros era como nosotros.

En cualquier caso, hace tiempo que le perdoné al viejo Gin esa peculiar aversión que sentía hacia mí. Ninguno de nuestros camaradas era tan grande como yo, y debía de temer que tuviera intención de hacerle sombra.

Hoy lo entiendo. Cuando te haces viejo, la fragilidad hace que te vuelvas desconfiado, pero en aquellos años la relación con aquel anciano altivo y testarudo fue la única mancha en una infancia por lo demás francamente feliz.